

El Diario de Francisca: Representaciones infantiles sobre la violencia política en la vida cotidiana durante los 70

Francisca's private diary Childhood representations of political violence in everyday life during the 70s

Daniela Jara*

Resumen

En este artículo se propone una lectura del Diario de Francisca, un registro autobiográfico escrito en plenos días de la Unidad Popular y el golpe de Estado por una niña de 11 años, miembro de una familia urbana de clase media alta. Luego de situar brevemente al diario íntimo o de vida como una práctica cultural propia de la modernidad, se analiza la manera en que el texto ilumina las operaciones a través de las cuales la niña va habitando el mundo, entramadas en dinámicas socio-afectivas mediadas, interrumpidas o potenciadas por la clase. Se sugiere que las representaciones infantiles articuladas en la escritura del diario íntimo muestran diversos aspectos de la producción y transmisión de la memoria de la violencia política, y de la relación con los contextos de su producción. El Diario describe una escena de la violencia política en que ésta, lejos de producirse de manera intempestiva, ya estaba instalada en las formas de la vida cotidiana de la Unidad Popular (UP). Así, la voz de la niña nos permite ver cómo la violencia política está en parte instalada y cómo va instalándose en la sociedad civil durante la UP, ya no sólo entre víctimas y perpetradores, sino también entre los niños, quienes participan de ésta, la negocian y recrean o reproducen.

Palabras claves: diario íntimo, violencia política, representaciones infantiles

Abstract

This article focuses on Francisca's Diary, an autobiographical record written during the Unidad Popular (UP) period, more specifically in 1973. Francisca, an 11 year old girl, member of an urban middle-class family, witnesses the military coup and produces an intimate account of the events. After briefly situating the personal diary as a cultural practice typical of modernity, I will reflect on the way in which the text illuminates the operations through which the girl inhabits the world, embedded in socio-affective dynamics, interrupted or enhanced by social class. I suggest that Francisca's Diary sheds light on various aspects of the production and transmission of the memory of political violence, the role of children representations and their relationship with the contexts in which they are produced. Also, I suggest that the Diary portrays a scene in which political violence was already embodied in the everyday life during the UP, no longer as a monopoly of victim and perpetrator agents. Rather I draw attention to the way in which the child negotiates, reproduces, represents and resists violence.

Keywords: private diary, political violence, childhood representations

* Socióloga, Universidad de Chile; PhD Goldsmiths College, University of London. Post-doctorante Escuela de Sociología Universidad Andrés Bello, Chile. Correo electrónico: danielapazi@gmail.com

Introducción

Like a mollusk in its shell, I had my abode in the 19th century, which now lies hollow before me like an empty shell. I hold it to my ear. What do I hear?

Walter Benjamin

El Diario de Francisca es un registro autobiográfico escrito en plenos días de la Unidad Popular (UP) y el golpe de Estado por una niña de 11 años miembro de una familia urbana de clase media alta. Se trata de un documento que el canon caracteriza como diario íntimo, pero que al ser donado por su autora al Museo de la Memoria cuarenta años después de ser escrito, pasa a formar parte de la construcción de la memoria cultural post-transicional. Sin embargo, también difiere de este archivo en construcción en dos sentidos. Si bien el Diario viene a ser leído/exhibido en el concierto de las post-memorias (los hijos de la dictadura que reconstruyen la experiencia de su infancia por medio de diversas producciones culturales), en rigor no corresponde al relato post-testimonial de la segunda generación, pese a que quien lo enuncia es parte de ésta. Por el contrario, en su primera condición de diario íntimo, se caracteriza por la contemporaneidad con los eventos que describe, en su caso, el golpe de Estado. Esto, no obstante, no hace a la diarista protagonista de los eventos, ni tampoco enunciar una subjetividad política clara respecto de los acontecimientos. Además, Francisca no es hija de opositores ni víctimas de la dictadura, sino más bien parte de una familia detractora del entonces-a-punto-de-ser derrocado gobierno de Salvador Allende. Todos estos elementos hacen del registro un objeto intermedio entre diario y documento, que en un contexto actual de memorialización y construcción social de la atrocidad, redefine varios elementos hasta hace algunos años invisibilizados en los debates sobre la historia reciente: la voz del niño, la tensión entre

socialización política y agencia, y asimismo, los niveles de participación de la sociedad civil en la violencia política en la vida cotidiana.

En las páginas que siguen, quisiera proponer una lectura del Diario en su condición de documento de representaciones infantiles sobre la vida cotidiana en la década de los 70, sin pretender reducirlo a su condición representacional. El Diario de Francisca es escrito de manera sistemática en los años de la Unidad Popular, y el tomo que aquí se analiza se escribe durante los días del golpe militar. Hasta ahora, la memorialización de la Unidad Popular y el día 11 de septiembre de 1973 han tendido a producirse a partir de testimonios en retrospectiva, salvo excepciones como el documental *La Batalla de Chile* de Patricio Guzmán, donde se documentan los eventos acaecidos entre 1972 y 1973. La memoria del golpe ha descansado en el testimonio a posteriori, y en este sentido, el Diario de Francisca tiene una valiosa condición como documento contemporáneo de uno de los eventos más significativos de la historia reciente, los que son narrados por una niña.

En la primera parte de este texto, planteo que la producción de subjetividad a través de un diario es una práctica cultural que tiene que ver con fenómenos propios de la modernidad. Posteriormente reflexiono sobre la manera en que el texto es documento de las representaciones infantiles, refiriéndome a la crítica que se ha gestado a partir de los 90 a la construcción de la infancia como un espacio pre-social (Jenkins, 1998). Desde entonces el campo de estudios culturales sobre la infancia ha tendido a enfocarse en el proceso de negociación entre prácticas individuales en las familias e instituciones sociales, y las diversas operaciones con que los niños responden creativamente a estas tensiones. Posteriormente, a partir de una lectura de *Infancia en Berlín* de Walter Benjamin (2006), sugiero que el Diario ilumina las operaciones a través de las cuales la niña va habitando el

mundo, entramadas en dinámicas socio-afectivas mediadas, interrumpidas o potenciadas por la clase social y las representaciones políticas que ésta produce. En este sentido, sugiero que el Diario permite iluminar diversos aspectos de la experiencia de la violencia política, su posterior transmisión, y su relación con los contextos de producción. El texto muestra una escena de la violencia en que ésta, lejos de producirse de manera intempestiva, ya estaba instalada en las formas de la vida cotidiana de la Unidad Popular y los imaginarios de los vecinos del barrio, por ejemplo, o en los códigos de amistad. Uno de los elementos importantes de este ejercicio es que nos permite ver cómo la violencia está en parte instalada y cómo va instalándose en la sociedad civil ya no como un monopolio de agentes víctimas y perpetradores. Contra la común acepción del niño como un sujeto inocente o pre-social, el análisis muestra que Francisca atiende, problematiza y negocia con diversas formas de la violencia. En este sentido, el texto también muestra momentos en que Francisca toma distancia de su entorno, dejando entrever la formación de una incipiente subjetividad política. Me parece que este aspecto es clave en la hermenéutica que ofrece el Diario. El material, sugiero, nos lleva a asomarnos a las formas de construcción de la vida cotidiana y sus imaginarios en plenos años de polarización de la sociedad chilena en los años de pre-golpe, en la inasible inquietud de los días en que se estaba instaurando la atrocidad. Sin embargo, la niña no reproduce las lógicas del barrio y la familia, sino que por el contrario, a través de prácticas de escritura autobiográfica, logra ponerlas en cuestión.

El diario íntimo como género

Los diarios de vida han sido considerados como parte de la amplia tradición de escrituras autobiográficas. Se caracterizan porque un hablante o narrador lleva un registro de la vida cotidiana sin requerimientos disciplinares, pero

con rigor cronológico, donde el fechar es parte del deber ser de un diario. Esto es lo que destaca Maurice Blanchot cuando piensa en qué es aquello que constituye este género: no es la cualidad de lo escrito ni la intimidad de la voz, sino que es la fidelidad del diarista con el tiempo (Blanchot, 1982). Se trata de la articulación entre la narración, el tiempo y la memoria y el ensamblaje productivo de estos tres aspectos lo que evidencia y exige la práctica de la escritura íntima.

Desde el siglo XIX existe registro de la práctica cultural del diario íntimo, el que tiene diversos formatos de escritura precursores, como los diarios de monjas, los diarios de viaje y las crónicas. En el siglo XX los diarios íntimos dieron paso a una nueva taxonomía dentro del género propia del siglo de las atrocidades: surgieron diarios de guerra, otros diarios íntimos fueron escritos en prisiones, otros por refugiados y otros en clandestinidad. Algunos fueron escritos por niños, otros diarios por adolescentes y otros por adultos. Con el tiempo y debido a la enorme cantidad de diarios conservados y recuperados, el diario ha alcanzado el status de archivo cultural. Precisamente el Holocausto fue uno de los eventos que ha generado un mayor archivo de diarios íntimos (Hayes & Roth, 2010). Entre éstos, el que ha tenido una mayor circulación como parte de la memoria cultural post Segunda Guerra Mundial es el de Ana Frank, escrito por una niña de trece años durante sus años de vida en clandestinidad en Amsterdam. Pero hay muchos otros casos de diarios que sobrevivieron a sus diaristas y a las dificultades del contexto en que fueron escritos (Goldberg, 2010; Boas, 1995). Muchos de estos se encuentran hoy disponibles en colecciones en distintos museos de la memoria. Entre éstos, está el diario de David Rubinowicz, hijo mayor de una familia polaca, quien comenzó a escribirlo a los 13 años hasta que fue llevado a las cámaras de gas dos años después. En sus páginas se registra el encierro del adolescente, el día que van a buscar a sus padres, la desaparición de los adultos de su

familia, el miedo y la incertidumbre del niño y sus hermanos menores (Boas, 1995).

Desde hace algunos años, los diarios han comenzado a ser considerados por historiadores no sólo como fuentes de investigación sino como su objeto en contextos de postguerra. Desde un punto de vista sociocultural, la escritura del diario como práctica se enraíza en un fenómeno colectivo de autoconciencia que coincide, por ejemplo con la consolidación de la psicología y lo individual como fenómeno (Garbarini, 2006, 2015). Por otro lado, esta producción autobiográfica situada en contextos de atrocidades de masas adquiere características particulares en el siglo XX. Se puede observar que este tipo de diarios tienen en común la tensión entre un contexto de conflicto y peligro, desde el cual se escribe y del cual se da cuenta y una normalidad que se intenta mantener mediante la producción de cotidianidad. El diario escrito en contexto de violencia se caracteriza además por la intención testimonial: se escribe como escritura de urgencia y en un contexto donde la memoria individual registra una historia que amenaza con ser erosionada. Si bien el diario es privado y tiene un carácter secreto, la escritura misma promete lo contrario, y el problema de su publicación, o la nueva identidad que toma lo escrito una vez que es plasmado en el diario, transforma al yo en testigo. En estos contextos, el diario pasa a ser incluso más importante que el diarista. De hecho, una de las constataciones que han hecho quienes se dedican al estudio de estos archivos es que muchos diaristas intuyen y evidencian en sus escritos que sus diarios pueden tener una importancia histórica (Garbarini, 2015; Goldberg, 2010). Esta tensión entre lo íntimo y el deseo de transmisión experimentado como deber atraviesa todo diario en contextos de violencia. Un narrador dentro del gueto de Varsovia escribe: “El impulso de escribir memorias es tan fuerte que incluso en los campos de trabajo forzado la gente joven escribe sus memorias. Cuando los

descubrían, eran golpeados, y sus páginas eran destruidas en mil pedazos” (Ringleblum, 1958).¹

Al mismo tiempo que la escritura de diarios ha sido una práctica cultural en Occidente, también en el último siglo y en especial en las últimas décadas, ha existido una importante recepción de diarios, no sólo en Europa. Diarios tan distintos como el del Che Guevara durante la guerrilla latinoamericana, o el de Ana Frank, son prueba de cómo por un lado la escritura íntima ha pasado a ser ejemplar y moralizadora. En el caso de Ana Frank, el diario fue incluido incluso en el currículum pedagógico de colegios en diversas partes del mundo. La niña pasó a ser considerada como símbolo de la violencia y la persecución, y su diario de vida circuló tanto como registro etnográfico de la vida clandestina como referente del sujeto perseguido y sufriente que pasó a ser parte de la ética global post segunda guerra mundial hasta hoy. De hecho, en el Diario de Francisca, escrito en los 70, vemos que el diario de Ana Frank es parte de las lecturas obligatorias en el currículum escolar.

La tradición del diario en Chile

En Chile existen algunos diarios íntimos publicados que datan de fines del siglo XIX y XX: los diarios íntimos de Teresa Wilms Montt o de Lily Iñiguez, y los diarios de escritores, como Gabriela Mistral, Luis Oyarzún, Hernán Valdés y más recientemente Agata Giglio. Todos éstos son diarios que fueron conservados en contextos de práctica literaria y en este sentido obedecen a otro registro que el diario de la atrocidad. En la década de los 60 y 70 la publicación del diario íntimo se entrecruza con otro género relevante en la región: el boom de la literatura testimonial, la que buscaba articular una narrativa sobre un sujeto oprimido. A partir del golpe militar, este género fue explorado en los encuentros con el terror de Hernán Valdés, por ejemplo, o de Alberto Gamboa. Sin embargo, en rigor éstos no fueron diarios, fueron más bien memorias o narrativas autobiográficas sobre el terror de estado. De hecho, Nelly Richard (2010) plantea que a partir

¹ Traducción propia.

de los 90 la proliferación de estas memorias dio paso al boom de un mercado confesional en el Chile postdictatorial.

Durante los últimos años ha surgido una nueva oleada de diarios íntimos que se vinculan a la escritura del diario como archivo de la atrocidad o la violencia: en 2015 se publicó el diario de Leonor Quinteros, hija de exiliados, llamado *Un exilio para mí* donde el diario de una niña se intercala con cartas familiares durante ese periodo. Su autora, ya adulta, va recomponiendo la historia familiar a partir de documentos biográficos, y con eso, busca redefinir tanto el imaginario sobre el exilio como la comprensión sobre los efectos de la violencia política desde el punto de vista de una niña, pero desde la intervención del registro como adulta (Quinteros ensaya un diálogo entre memoria y postmemoria). Por su parte, el año 2016 Bernardita Muñoz publicó el diario de ficción *Diario de Noelia* donde la autora imagina y elabora la necesidad de pensar la experiencia de crecer en dictadura.

Representaciones infantiles de una experiencia situada

En los estudios culturales sobre infancia suele problematizarse la manera en que las sociedades representan la mirada infantil, y cómo la edad es una de las categorías que inciden en la construcción de identidades sociales. Asimismo, se plantea que dentro de las representaciones sobre lo infantil se ha tendido a asociar ciertas características como inherentes al niño: la inocencia, la vulnerabilidad y la pureza, por ejemplo. Sin embargo, autores como Kincaid (1998) y Jenkins (1998) han planteado que el mito del niño inocente, transparente o incluso pre-social, vacía a la infancia de su potencial agencia política, incidiendo en que se ponga menos atención en la mirada del niño como productor de representaciones. Tal como plantea Jenkins, hasta hace pocos años

la concepción dominante respecto de la inocencia del niño presupone que los niños existen en un espacio más allá, sobre o incluso fuera de lo político: los imaginamos como no-combatientes a quienes protegemos de las duras realidades del mundo adulto [...] Sin embargo, en realidad, cada una de las mayores batallas políticas del siglo XX han sido desplegadas sobre las espaldas de nuestros niños (1998, p. 2).²

Esta significación del niño como pureza ha incidido en que su figura haya sido utilizada para aludir a una memoria no contaminada. Precisamente este uso es lo que hace algunos años permitió a *Machuca*, película chilena dirigida por Andrés Wood, generar un nuevo modo de pensar el pasado, inaugurando en primer lugar una posibilidad de reflexión, en los intersticios del impasse de la memoria, y en ese sentido, fue tal vez más productivo que cualquier otra forma testimonial. En 2003, a 30 años del golpe militar, *Machuca* logró reinstalar debates que no eran nuevos en Chile, pero que fueron resignificados, en gran medida por la posición de sus protagonistas: dos niños. *Machuca* se trataba de la experiencia de dos niños en la Unidad Popular, quienes se encuentran —pese a habitar posiciones antagónicas en la estructura social— como parte de un experimento social de integración de clases sociales en el espacio del aula, que sin embargo fracasa como efecto colateral de la derrota política del proyecto socialista. Lo que *Machuca* logró fue resignificar el significante vaciado, abrumado, de una disputa generacional que entonces parecía un impasse irresoluble. La película se narra desde el punto de vista de los niños, testigos supuestamente no ideologizados, puros, a quienes se les permitió visitar los acontecimientos.

La falta de documentación sobre representaciones del niño ha sido uno de los elementos que se considera como parte del sesgo dominante sobre la infancia. Esto implica que, por ejemplo, los historiadores de la infancia han dependido en gran parte de los registros

² Traducción propia.

hechos por adultos para seguir los trazos de la experiencia infantil, ya que los niños mismos han dejado pocos registros de su experiencia y de cómo han respondido a las expectativas de los adultos (Jenkins, 1998, p.22). Sin embargo, en años recientes los registros históricos y las nuevas prácticas y plataformas tecnológicas han permitido un registro de las experiencias infantiles de un modo más complejo, lo que ha permitido incluso dar cuenta de los intereses en disputa entre padres e hijos, o mostrar aquellos aspectos en que la infancia es también productora, capaz de un modo de agencia (pese a estar situada entre instituciones y familias), y asimismo, han dado cuenta de la imposibilidad de separar a los niños del mundo de los adultos (Jenkins,1998).

Uno de los textos precursores en este sentido, que busca encontrar en una voz subalterna un registro particular de la historia, lo encontramos en el trabajo de Walter Benjamin *Infancia en Berlín*, escrito en 1930. Aquí, por medio de una serie de breves retratos o *vignettes* de la ciudad, sugiere que la memoria biográfica, más que basarse/forjarse/anudarse a estructuras o grandes acontecimientos colectivos, se va construyendo a partir del apego a lugares y cosas (Szondi, 1978). Benjamin estaba buscando los orígenes del horror, pero no los buscó en los orígenes de la era donde se forjó el nacional socialismo o en las persecuciones que décadas más tarde lo llevarían a suicidarse para evitar su detención cuando era perseguido por la Gestapo. Por el contrario, los buscó en los días tranquilos de su infancia en Alemania, en la quietud de los días, los goces cotidianos, la adherencia a la vida que estaba dada por su propia materialidad. Al buscar los orígenes, buscaba qué quedaba de sus recuerdos, o más bien qué era aquello que recordaba y el instante mismo del recuerdo, dándose cuenta que sus recolecciones tenían que ver con el sonido de las llaves al posarse sobre la mesa, el zumbido de la campana en los peldaños, el carbón que cae en una estufa de hierro fundido o el tintineo de la

canasta de llaves. Es decir, sus recolecciones no lo llevaron a una socialización discursiva, sino a una de los hábitos que tuvo lugar en la infancia. Este trabajo de Benjamin se inserta en lo que James Booth (2006) ha denominado la comprensión de la memoria como hábito, en la que se enfatiza que habitar el mundo tiene relación con la incorporación de diversas formas de saber (en términos clásicos, de socialización). Pero por otro lado, Benjamin está también optando por una voz historiográfica situada en los márgenes, la de la infancia, y muestra que las representaciones infantiles logran condensar una constelación de significados. Este libro de Benjamin en este sentido, trabaja con una voz frecuentemente subalterna, la del niño, y busca en sus modos de habitar el mundo la imagen de una época.

Las representaciones de Francisca y la vida cotidiana

En el caso del Diario de Francisca, su relato es producto de las operaciones de observación y registro que la niña realiza meticulosamente, y que están situadas en un contexto determinado. Lo que documentos de vida como éste nos obsequian es el acceso a una experiencia situada, donde todo es *gesto*. Resulta de particular importancia la identidad de quien escribe: que quien lo hace (y al hacerlo, nos deje ser partícipes de las operaciones que lleva a cabo en la producción de su intimidad) sea una niña. Esto, tal como lo muestran también los diarios de Leonor Quinteros (2015) y Bernardita Muñoz (2016) tiene una especial relevancia, por el contexto específico que observan/escriben. La mirada de la niña deambula por el mundo que ella habita y del que se va apropiando cada vez que lo (d)escribe. El mundo de las niñas se sitúa en este espacio de lucidez, en este imitar y registrar, entre lo que es percibido (que le es nuevo pero que se le promete como potencialmente propio) y lo dado por sentado.

El Diario de Francisca, al ser escrito en los días del golpe, abre también una nueva operación en las formas de pensar la irrupción de la violencia política, de una manera similar al trabajo de W. Benjamin sobre la infancia. Desde aquí ya no se piensa la violencia como un evento separado de la vida cotidiana, alojado fuera de lo cotidiano, sino como un proceso socio-histórico cuyas condiciones de posibilidad se instalan antes de su irrupción, o no necesariamente en sus formas más evidentes. Uno de los elementos importantes de este ejercicio es que nos permite ver cómo la violencia está en parte instalada y cómo va instalándose en la sociedad, ya no como un monopolio de agentes víctimas y perpetradores. La niña, en este sentido, es un sujeto que está situado en una escena de la violencia y construye su posición discursiva a través de la escritura. Mediante las palabras que usa, elige y que va disponiendo en el texto como en un collage, la niña va habitando un mundo enclavado, entramado en dinámicas socio-afectivas mediadas, interrumpidas o potenciadas por la clase. Lo primero que llama la atención son las palabras que usa para ir representando el mundo: habla de “convidar” (elección de una palabra que resulta relevante para quien quiera ir haciendo taxonomías de clase social en Chile y los modos en que ésta se distingue mediante el uso del lenguaje), muestra en reiteradas ocasiones la importancia que tiene el apellido (como cuando al nombrar en reiteradas ocasiones a amigas y compañeras y parientes menciona, infaliblemente, su apellido), cuando cuenta que su abuela está en una clínica (no en un hospital) y cuando menciona el cambio de pieza privada a pieza compartida como un hito dentro de su enfermedad, dejando entrever el declive económico dentro de la trayectoria de la familia. La niña se va haciendo consciente de sus supuestos y de las frustraciones y expectativas que debe heredar y resignificar al compartir esos dispositivos de clase, que —en el contexto en que escribe— están altamente relacionados

con una identificación con imaginarios políticos de la derecha política, económica y cultural. Así, la niña va describiendo su entorno, y en esta construcción de un paisaje social cuenta sobre la protesta que organiza su colegio privado ante el gobierno de Allende, describe su residencia cerca de Providencia (entonces barrio residencial de las clases medias altas) y observa con lúcido registro etnográfico lo que pasaba en su barrio el día en que surgen los primeros rumores del golpe de Estado: “En mi calle todas las casas pusieron una bandera chilena en la ventana”. En un relato donde lo anecdótico pasa a ser el dato, las descripciones del entorno van mostrando un paisaje en que las identificaciones de clase parecen ser clave.

Representaciones de la violencia a inicios de los 70

El momento que atestigua Francisca es uno de enorme relevancia para pensar las últimas décadas en Chile. Francisca escribe desde y sobre la vivencia de una niña de 11 años, que atestigua el enclaustramiento del mundo que llega con el golpe militar. La vida cotidiana, su aprendizaje sobre el vínculo y las relaciones humanas, incluso sobre cómo funciona un álbum, se interrumpe (o constituye) por un repliegue en la intimidad en los días del golpe de Estado. Todos están en la casa, en la intimidad que posteriormente caracterizará la geografía afectiva y el imaginario insular, atrincherado, de la dictadura. Como si fuera ficción, Francisca quiere ser Ana Frank, pero se distancia: “no estamos en guerra”, dice. Pero de a poco, en la medida que surge el enclaustramiento, Francisca va viendo más paralelos con Ana Frank. Sólo con la sutileza de un documento biográfico deja entrever la fantasía y ambivalencia que produce esa nueva intimidad, esa irrupción en la psico-geografía del miedo en Chile y que nos permite entender mejor la vida privada e introyectada del autoritarismo (Jara, 2016, Lira & Castillo, 1990). En la intimidad del claustro hay pérdida pero también hay goce. Y

Francisca nos permite atender al tabú del goce en los momentos previos del autoritarismo: “El papá no fue a trabajar. Creo que es la primera vez que estamos tan unidos dentro de la casa”. El enclaustramiento de la fantasía, el repliegue en lo privado frente a un mundo en caos y contención, son un refugio para quien se piensa (sin formularlo literalmente, salvo en la latencia) en peligro.

Según la filósofa Margarita Palacios (2011), el foco para pensar el golpe ha estado o en las tensiones económicas o de clase, o en la estructura política. Sin embargo, el proceso psicosocial que acompaña las formas de violencia que se desencadenan entonces, son clave. Efectivamente, como muestra Leebaw (2011), los procesos que son objeto de justicia transicional como fue el caso de Chile se caracterizan necesariamente por la dimensión sistémica de la violencia y los abusos cometidos. Esto es fundamental, ya que nos lleva a pensar la sociedad civil como agentes de este proceso y nos obliga a repensar en qué consiste la idea de complicidad de masas, llevando la atención a como ésta se hilvana en la vida cotidiana y de qué manera los niños participan, tensionan o negocian con estos procesos.

En su estudio sobre el imaginario de la Unidad Popular, recolectado a través de discursos de la prensa, Palacios (2011) plantea que éstos están está a la base de la violencia que estalla con el golpe militar. En sus palabras: “La mezcla de horror y excitación que caracterizaron a la prensa del Chile pre golpe apunta a la participación (si bien no necesariamente activa) de la sociedad civil en la emergencia de la violencia” (p. 247).³ Aquí Palacios describe el pre-golpe, que puede extenderse a los días que describe Francisca, como un objeto de investigación. Esto exige a Palacios (y a nosotros, cuando leemos el Diario) repensar las formas de violencia, de una manera intrínseca a las formas de lo social y ver a los niños como actores que participan en la difusión, producción y

representación de este imaginario. Leemos en el texto: “parece que el incendio en La Moneda es inmenso. Porque desde mi ventana se ve el humo. El papá cree que Allende y sus ministros iniciaron el incendio. Y así pueden arrancar por algún túnel secreto”. En esta cita vemos el imaginario que hizo posible el golpe militar: la desconfianza y satanización de las instituciones de gobierno, la otredad respecto de los adherentes de la Unidad Popular que conlleva el extrañamiento respecto de su destino. Y como muestra Palacios, se trata de cómo el anticomunismo se ha incubado en la sociedad mediante la producción de una fantasía en la que el otro se imagina como una amenaza, en un proceso de degradación de la diferencia. En particular, Palacios piensa las fantasías en las moralidades que se van cimentando en este periodo: “la paradójica dinámica de moralidad y goce que la caracteriza: la violencia estaba justificada como un llamado moral a rescatar a la sociedad del mal, lo que sin embargo al mismo tiempo implicaba una erotización perversa de la muerte” (Palacios, 2011, p. 247).⁴ El Diario de Francisca sin embargo, nos muestra cómo la violencia requiere de esfuerzos para su normalización.

Saber del 11: entre la socialización y la individuación

¿Cómo sabe la niña / el niño lo que sabe? ¿Cómo se construye lo que sabe (o no sabe), a través de qué mediaciones y procesos? ¿Mediante qué operaciones los niños logran tramitar y habitar la violencia? El trabajo de Bernardita Muñoz, al escribir el “*Diario de Noelia*” nos puede dar pistas sobre esto. En este diario ficción, la autora va describiendo progresivamente el momento en que la niña “sabe”, es decir, toma conciencia de que crece en una dictadura, con todos los dramas históricos, políticos y humanos que esto implica. Este saber es situado y se construye a partir de la intersección de distintos espacios: la cultura familiar, el barrio, el colegio, los pares, etc.

³ Traducción propia.

⁴ Traducción propia

En su artículo “Representations” (Muñoz, 2017) la escritora nos deja ver más sobre la investigación que llevó a cabo para escribir el diario íntimo de Noelia, y nos deja ver las decisiones tras esta escritura como estética y como ética. Muñoz cuenta cómo en la literatura infantil donde aparece representada la dictadura chilena el *cómo* se toma conocimiento del régimen pasa a ser clave, puesto que refleja una forma de socialización en una comunidad de memoria específica. Para Muñoz esto es un aspecto determinante de la experiencia de la Unidad Popular y la dictadura. Es así que ella cuestiona, por ejemplo, la literatura de Antonio Skármeta, por considerar que en su novela *La Composición* no está claro cómo el niño *sabe*, mientras que en el trabajo de Roberto Ampuero, en *La Guerra de los Duraznos*, esto está logrado. Cito aquí el trabajo de Muñoz porque precisamente en el caso de las sociedades post-conflicto esto ha sido una pregunta relevante, y es algo que el Diario de Francisca nos muestra con particular lucidez. En el caso del Holocausto, por ejemplo, la generación de los hijos se consideró como generación de la muralla, porque dicen haber sido socializados en el silencio y en formas no verbales de la transmisión intrafamiliar. En el Diario de Francisca éste (la problematización sobre la información, la representación y el conocimiento) es uno de los elementos más interesantes, que destaco en su dimensión de documento. ¿De dónde viene esta agencia en la infancia? ¿Cómo puede la niña no mimetizarse en las lógicas familiares y del vecindario, que celebran el golpe?

Francisca escribe: “Tú no puedes comprender lo poco que sabemos del mundo (no es la palabra adecuada)”. Esto, paradójicamente, aparece escrito un 13 de septiembre. Aquí se observan importantes elementos para entender cómo se forman las culturas políticas y las comunidades de memoria y el rol de los niños en la producción de estas representaciones. Esta frase, dicha por una niña, es —sugiero— un ejercicio des-

clasificador. Aquí, mediante un ejercicio de reflexividad y vinculación con los eventos se plantea un momento de quiebre productivo de la memoria como hábito, que puede ser considerado como un indicio de agencia política en la niña.

Francisca se intuye contemporánea de un evento histórico, y manifiesta la frustración ante la escasez de información sobre lo que pasaba en Chile: “No he podido saber nada más porque en la radio no dicen mucho”. A modo de informante refiere a la voz del padre: “el papá me dijo que en las poblaciones los militares están peleando y que deben haber muerto muchas personas”. En su caso, es el padre el que comenta sobre los acontecimientos y entrega a Francisca una visión autorizada sobre los acontecimientos. Además de la memoria como hábito y como registro mecánico del entorno (la adscripción a lo que dice el padre, por ejemplo, y la observación sobre el izamiento de la bandera en las casas del barrio), la niña, con lucidez, vincula su “saber” con la labor de los medios en una sociedad pre-tecnologías de información, en donde la prensa escrita tiene un rol central en la construcción de la idea de nación y patria. En este caso, la niña ya logra identificar la voz autorizada de *El Mercurio* para ir produciendo una opinión pública y un saber del mundo, reconstruido después de la escritura de nuevos mandamientos autoritarios que la niña transcribe:

11 de septiembre/ Voy a poner todas las órdenes que se han dado por el nuevo gobierno:

- Está prohibido salir a las calle en grupo. Al que desobedezca se le disparará.
- No se podrá salir a la calle a partir de las 3 de la tarde,
- Los trabajadores no deben abandonar su trabajo. Se le castigará a quien lo haga
- Hay que quedarse en su casa calmado. Y dejar que el ejército, la marina y la aviación, actúen.

Al escribir esta lista la niña ofrece un pasaporte entre lo ordinario y lo extraordinario: anota una a una los nuevos decretos que comienzan a regir la vida pública. Es el momento de la naturalización de un orden dictatorial. Líneas después, Francisca pasa a referirse a la edición post-golpe de *El Mercurio*, la que en sus palabras tiene “sólo 12 páginas”. Va mostrando el camino del no saber de la sociedad civil, conformada por imitación, información limitada, adaptación, acostumbamiento y negación, y cómo todo esto es objeto de una producción mediatizada. Ella dice: “Las radios dan pura música y a veces algunas órdenes”. La niña va mostrando el trabajo de la ideología, el no saber, que culminan en la participación intersubjetiva en la cultura del miedo mediante la colaboración y aceptación de las nuevas formas de vida que se estaban instalando.

Sin embargo Francisca, quien da cuenta de la memoria como hábito —aquella que se va internalizando a través de las prácticas cotidianas y habituadas— también vive lo *increíble* de los acontecimientos, y aquí es donde vemos la formación de una incipiente subjetividad política propia, que la separa de su familia como un sujeto distinto. Así como el sentido del diario es el registro de la cotidianeidad, ésta se va articulando en una sola trama con lo extraordinario. Al constatar: “Dios mío, he sabido una cosa espantosa. Allende se suicidó” la niña también produce una subjetividad política que la diferencia de la herencia familiar, y que ya no es sólo hábito. Pero hay algo más notable aquí; en esta frase Francisca va dando paso a la desnaturalización del *desconocimiento*, mecanismo de

justificación tradicionalmente usado para explicar la indolencia ante la violencia de Estado ejercida desde 1973 hasta 1990. Asimismo, mostrando la forma en que los eventos interpelan a la niña, el Diario nos lleva también a repensar las posibilidades de subjetividad y agencia en la infancia: “me he dado cuenta que mucha gente está muriendo por Chile”. La niña vive y reconoce lo increíble de los acontecimientos, pero puede ver más allá y se pregunta en una forma cándida de solidaridad temprana por la suerte de otros que están fuera de su refugio. “No creí que para hacer rendirse a los UP se tuvieron que sacrificar tantas vidas”. A partir de estas divergencias, Francisca en su escritura va mostrándonos y deshilvanando las múltiples capas de la subjetividad infantil.

Después de constatar lo extraordinario en su diario, la niña sigue en su itinerario y centra su atención en el nuevo lápiz con que se pinta los párpados, ensayando su propia postura en el mundo, reutilizando lo que su mamá descarta y ella reinventa. Esto muestra la naturalización y la cotidianeidad con que ocurre el saber del mundo, el habitarlo, internalizarlo, transformarlo y/o resistirlo. Y es que la inscripción ideológica con que internalizamos el saber del mundo sucede en capas frívolas y graves, sin jerarquías, indistintamente e intercaladamente. La figura del niño permite mirar con perplejidad esta forma de habitar la vida cotidiana, y con esto, entender las formas en que se internaliza, reproduce o resiste un mundo violentado.

Referencias

- Benjamin, Walter (2006). *Berlin Childhood around 1900*. Cambridge, UK: Harvard University Press.
- Blanchot, Maurice (1982). *The space of literature*. Lincoln, EU: University of Nebraska Press.
- Boas, Jacob (1995). *We are Witnesses: Five Diaries of Teenagers who Died in the Holocaust*. New York, EU: Square Fish.
- Booth, W.J. (2006) *Communities of Memory: On Witness, Identity, and Justice*. Ithaca, EU: Cornell University Press.
- Garbarini, A. (2006). *Numbered Days. Diaries and the Holocaust*. New Haven, EU: Yale University Press.
- Garbarini, A. (2015). Document Volumes and the Status of Victim Testimony in the Era of the First World War and Its Aftermath. *Études arméniennes contemporaines*, 5, 113-138.
- Goldberg, A. (2010). Jew's Diaries and Chronicles. En P. Hayes & J. Roth (Eds.), *The Oxford Handbook of Holocaust Studies* (pp. 397-413). New York, EU: Oxford University Press.
- Hayes, P. & Roth, J. (2010). *The Oxford Handbook of Holocaust Studies*. New York, EU: Oxford University Press.
- Jara, D. (2016). *Children and the Afterlife of State Violence. Memories of State Violence*. New York, EU: Palgrave Mcmillan.
- Jenkins, H. (Ed.) (1998). *The Children's Culture Reader*. New York, EU: New York University Press.
- Kincaid, J. R. (1998). Producing the Erotic Children. En H. Jenkins (Ed.), *The Children's Culture Reader* (pp. 241-253). New York, EU: New York University Press.
- Leebaw, B. (2011). *Judging State-sponsored violence, imagining political change*. New York, EU: Cambridge University Press.
- Lira, E. & Castillo, M.I. (1991). *Psicología de la amenaza política y del miedo*. Santiago, Chile: Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos.
- Muñoz, B. (2016). *El diario de Noelia*. Santiago, Chile: Don Bosco.
- Muñoz, B. (2017). Representations of Dictatorship in Contemporary Chilean Children's Literature. *Children's Literature in Education*, 1-13.
- Palacios, M. (2011). A psychosocial interpretation of political violence. *Psychoanalysis, Culture & Society*, 16(3), 244-260.
- Quinteros, L. (2015). *Un exilio para mí*. Santiago, Chile: Mutante.
- Richard, N. (2010). *Crítica de la memoria*. Santiago, Chile: Universidad Diego Portales.
- Ringleblum, E. (1958). *Notes from the Warsaw Ghetto*. Michigan, EU: McGraw Hill.
- Szondi, P. (1978). Hope in the Past. On Walter Benjamin. *Critical Enquiry*, 4(3), 491-506.

Recepción: 01-diciembre-2017

Aceptación: 27-enero-2018